

Y luego de pronunciadas estas frases de teatro, la señora de Entraygues desapareció con su amiga.

El príncipe Azul se habia adelantado.

—Así va el mundo, se dijo Octavio; cuando pienso que hay gente que se levanta muy temprano para dirigir y moralizar su siglo!

XXII.

EL TRIBUNAL DE ASISES.

Entre tanto el proceso sobre el ramillete de rosas llegó ante el jurado de Auxerre.

Los periódicos de Paris teniendo en cuenta la naturaleza romántica y extraña de aquella causa, despacharon sus cronistas para que hicieran de todo una reseña; la capital de Yonne fué invadida por los forasteros, sobre todo por los parisienses. Algunas señoras á la moda siguieron la muchedumbre. Se hubieran comprado los buenos puestos á quinientos francos, bien como si se tratase de una representación en la Opera.

Cuando apareció Violeta, una voz dominó todos los murmullos. Era la de una aldeana que no pudo menos que gritar: «Es toda blanca y toda negra.» Y en efecto, el pálido rostro de Violeta aparecia como encuadrado entre blondas negras que caian sobre sus ojos sin ocultar su hermosa cabellera negra. Andaba entre dos gendarmes con digno y grave paso. No habia creído hasta entonces que se la hiciese presentar ante el jurado; mas á fuerza de rogar á Dios se habia

resignado á todas las humillaciones. Por lo demás, la jóven encontraba cierta secreta voluptuosidad en sufrir por causa de Octavio y por causa de sí misma: creia que de este modo volvía al camino de la virtud.

La señorita de la Chastaigneraye habia rehusado comparecer. Presentáronse certificados de médicos en lo que se probaba que no podia salir de casa.

El señor de Parisis no habia vacilado en presentar su testimonio: queria, sobre todo, declarar á favor de Violeta. Encontróse en la sala de testigos con el médico de Champauvert, con la señorita Brígida y la señorita de Moncenac, con dos criadas del castillo y con las ocho aldeanas que habian ofrecido el cesto de flores.

Mr. Lachaud ocupaba el banco de la defensa. Tenia la frente resplandeciente como un abogado que vá á ganar su causa.

Entre los cuerpos del delito y sobre una mesa frente al Tribunal, veíase el ramillete de rosas.

Levantóse el escribano y leyó esta acta de acusacion que encuentro en un periódico de Auxerre, el cual no dió mas que las iniciales de los nombres de Parisis y de su prima.

«El ocho de agosto último, una jóven que lleva uno de los mas ilustres nombres de la comarca, la señorita G.... de L. Ch. volvía de misa en el castillo de Ch. cuando las aldeanas del país la ofrecieron un cesto de flores. En el dia anterior se habia sabido que la señorita G.... de L. Ch. era la única heredera de su

tia, la cual habia dejado una considerable fortuna. Sentíase gran alegría en el país, toda vez que la jóven heredera era muy buena para con los pobres.

»Si el bien nace del mal, el mal nace algunas veces del bien. Se habia querido tributar un obsequio á la señorita de L. Ch. y faltó poco para que muriese envenenada. Un ramillete dominaba todas las flores: la señorita de L. Ch. rasgó el papel que lo envolvía y lo respiró varias veces.

»De pronto palideció y cayó en brazos de su amiga la señorita de M.... y de su primo el Duque de P....

»Al principio se creyó que aquello era un simple desmayo, pero cuando el médico llegó no cupo duda de que la jóven habia respirado el mas sutil y el mas activo de todos los venenos. No fué aquí el daño. Levóse el ramillete al castillo y habiendo circulado el rumor de que la señorita de L. Ch.... se habia envenenado oliendo un ramillete de rosas, una jóven doncella se echó á reir, se apoderó de aquel ramo y lo aspiró con todas sus fuerzas, bien como para burlarse de todo el mundo. Acababa de respirar la muerte.

»Nuestra época, á Dios gracias, no es mas familiar que el siglo quince á esta clase de venenos; mas el testimonio de los hombres de ciencia probará muy luego que lo que relatamos es cierto. La señorita de L. Ch.... ha estado muy mala y su jóven doncella ha muerto.

»Ahora bien; quién vertió el veneno en aquel ramillete de rosas?

»Todo en este proceso es romántico.

»El ramillete había sido traído al castillo por uno de esos niños piamonteses que lo hacen todo en su infancia, excepto el bien, y que se dedican á enseñar monos y á tocar el arpa y que revisten todas las formas de la mendicidad. Pero quién le había dado el ramillete? No ha sido posible encontrar al niño; pero se han encontrado sus huellas. El sábado por la tarde se hallaba en Tonnerre, en la fonda del Leon de Oro. donde una forastera comía. Este ramillete pasó de sus manos á las del tocador de violin. Le dió orden, entregándole una moneda de oro, de llevar el ramillete, con una carta que escribió al momento, al señor duque de P.... al castillo de la Ch.... La carta que ha sido hallada como por milagro es bien esplicita; se verá con que hipocresía la jóven Marty aconseja á su amante que ofrezca el abominable ramillete á la señorita de L. Ch.... Así, pues, ella no temía en hacer su cómplice á un hombre que afortunadamente se halla muy por encima de todo ataque y fuera de esto no ofreció el ramillete por sí mismo. El niño obedeció; pero como era ya tarde se durmió ó se detuvo en el camino. No llegó al castillo de Ch.... hasta el siguiente día por la mañana, á la hora de la misa. Cuando se presentó al castillo todo el mundo se hallaba en la iglesia, menos una doncella que se llamaba Rosa Dumont, la cual creyó que aquel ramillete se destinaba á la fiesta, por cuyo motivo, lo colocó en el cesto de flores que las aldeanas habían dejado en la

plaza frente á la iglesia. Aquella jóven que llegaba por primera vez á aquel país era una de esas mujeres harto conocidas en Paris que ocasionan la vergüenza, la ruina y la desesperacion de las familias.

»Algunas de ellas son tanto mas peligrosas cuanto ocultan su perversidad bajo cierto aire de dignidad y de inocencia. Mas la justicia no se engaña: esto no es sino una máscara, y la justicia sabe arrancarla. La jóven Luisa Marty, por otro nombre Viólita, es una de esas criaturas que rehuyen el trabajo desde una edad muy temprana para entregarse á toda clase de vicios. Se la ha conocido arrastrando coche y luciendo brillantes cuando debia honrar sus manos con el oficio de costurera y de florista que le había enseñado sumadre; pues ella es tanto mas culpable, cuanto, segun los informes recogidos, su madre era una mujer honrada. Florista! hé aquí cual había sido su último ramillete: un ramillete de rosas envenenado! Aun muy jóven aprendió el arte de perfumar los ramilletes artificiales; no se estrañará, pues, que sepa envenenar las flores naturales.

»Y quién la impulsó á ese crimen? Todas las malas pasiones. Ella tuvo relaciones íntimas con el señor Duque de P.... que no quería verla. Pero sabiendo que había ido al castillo de Ch.... por una herencia, Luisa, naturalmente, quiso verla. A su paso por Tonnerre supo que la herencia se había escapado al Duque. Entonces fué sin duda cuando la idea del crimen

se apoderó de ella. La señorita G.... de L. Ch.... era el grande obstáculo, puesto que tenía dinero, el Duque iba á casarse con ella. Estas criaturas juzgan las acciones de los otros segun sus sentimientos. Desembarazarse de la heredera equivalia á ganarlo todo: el hombre es el dinero. La señorita G.... de L. Ch.... una vez muerta, el Duque la heredaba, la jóven Marty contaria en una parte en la herencia. Pero cómo debia obrar? Los debates probarán que ella se habia provisto de veneno para emplearlo con su amante y hasta quizá con la idea de servirse de él contra sí misma en caso de que no saliese bien el golpe. Este veneno la sirvió contra la señorita de L. Ch...; pero la jóven doncella fué su víctima.

»No se vé ya aquí á la jóven Luisa Marty vertiendo el tósigo en el ramillete y pagando espléndidamente al chiquillo que lo llevará á su destino? La jóven se dirige al camino de hierro para despistar á todo el mundo. Pero esto no era mas que una astucia. En efecto: al siguiente dia se encontraba en el camino de Champauvert, con objeto de asegurarse de que el mensaje habia llegado á su destino. Se la vió errar en torno del castillo. Qué digo! durante la misa, pues nada detiene á esas jóvenes desvergonzadas, se la vió inclinarse sobre el cesto de flores, como si aun no hubiese bastante veneno en el fatal ramillete.

»En su consecuencia, la llamada Luisa Marty, por otro nombre Violeta, es acusada de homicidio voluntario con premeditacion sobre la persona de la seño-

rita G. de L. Ch... y de homicidio involuntario contra la persona de la jóven Rosa Dumont, doncella de la señorita G. de L. Ch...»

Violeta, por impresionada que estuviese al verse así en espectáculo, oyó, sin embargo, esta acusacion que al parecer no ofrecia dudas. Cada palabra caia sobre su corazon como si fuese una puñalada. Ella no temia por su vida, toda vez que habia hecho ya el sacrificio de la misma; pero sentia el estupor á la sola idea de que se la tomaba por envenenadora.

El presidente procedió al interrogatorio despues de haber hojeado rápidamente el voluminoso proceso formado por el juez de instruccion.

—Acusada, levantaos.

Violeta obedeció, aunque dejando transparentar su dignidad.

—Vuestro nombre?

—Luisa Marty.

—Por qué llevais el apodo de Violeta?

—Porque me gustaban las violetas.

—Donde nacisteis?

—En Paris; mas soy originaria de Borgoña.

—Sí, el proceso nos dice que vuestra madre Sofia Marty iba á dar á luz sus hijos á Paris. Vos sois una hija natural.

Violeta no contestó.

—Teneis algun recuerdo de vuestra infancia? Podeis decirnos si vuestra madre os habló de vuestro padre?

—Nunca.

—No habeis visto en casa de vuestra madre nadie que fuese de Tonnerre, la señora Portien por ejemplo?

—Lo ignoro; no lo recuerdo.

—Hariais mal en ocultar algo.

—Recuerdo con alguna vaguedad el nombre de Portien; pero mi madre no me hablaba nunca de lo pasado; mi deber no consistia en interrogar á mi madre y mi padre no me reconoció por hija. Hemos llevado en estos últimos años una existencia muy miserable. Mi madre me abrazaba alguna vez diciéndome: «Si yo quisiera, tú serias rica.» Yo la miraba con curiosidad; pero luego añadía reponiéndose. «Yo estoy local!» Luego nos poníamos á trabajar.

—Qué trabajo era el vuestro?

—Mi madre cosía blondas y yo hacia flores.

—No os explicais las frases de: *Si yo quisiera, tú serias rica?*

—No hay que engañarse. Mi madre se refería á mi padre; no lo dudo, pues era demasiado noble para pensar un instante que yo podia ser rica si ella me vendía.

—Al encontrar á la señora Portien en la fonda del *Leon de Oro* en Tonnerre, no conociais su nombre?

—Nó. Era la única mujer que habia en el comedor; me dirigí á ella y tuvo la bondad de atenderme. Hélo aquí todo.

—Sabeis, quizá, que vuestra madre ha estado al servicio de la señora Portien?

—Lo he sabido por el proceso.

—Porque enviasteis un ramillete á la señorita de la Chastaigneraye?

—Quería despedirme eternamente del señor de Paris. Habia empezado sus relaciones conmigo, dándome un ramo de violetas, y yo deseaba terminarlas dándole otro de rosas. Esto era tan poco premeditado que indudablemente yo me hubiese contentado en escribirle, si el azar no hubiese puesto en mis manos aquel fatal ramillete.

—Creeis que el ramillete fué envenenado antes de llegar á vuestras manos?

—No, puesto que yo le oí, y no me causó daño alguno.

—Entonces como os explicais que el ramillete fuese envenenado en Champauvert?

—Lo ignoro; no estaba allí.

—Vos estabais; lo habeis confesado en vuestra indagatoria.

—Yo me hallaba en los alrededores del castillo, y no en el castillo mismo.

—Una tal Barjou os vió en la plaza y observó como os acercabais al cesto, y entreabrais el papel que envolvía el ramillete.

—Retiraba de él la carta dirigida al señor de Paris. Creeis que en aquel instante envenené el ramillete? Entonces consistiria en que mis lágrimas fueron envenenadas.

El procurador imperial sonrió irónicamente y

murmuró: — Vaya una comedia de sentimiento!

—Ya que vos sois inocente, quien será el culpable? Hay un hecho innegable: Rosa Dumont ha muerto á consecuencia del veneno que se destinaba á la señorita de la Chastaigneraye, la cual vive por milagro; tan bien se habian preparado las cosas.

—Yo no sé mas sino que aquel ramillete era efectivamente mi ramillete.

—Y volviendo á hablar de Tonnerre, insistís en decir que no volvisteis á encontrar al niño que tocaba el violin?

—No le ví.

—Es muy extraño, pues los jurados saben ya que no ha sido posible el volver á encontrar á ese niño.

—Se me acusa tambien de que yo lo he asesinado?

—Nó: la justicia no acusa, cuando carece de pruebas.

Y con aire de severidad, el presidente hizo una seña á Violeta para que tomase asiento.

Llamáronse á los testigos de cargo. Se sabia con anticipacion lo que dirian. Se habia esperado una de esas revelaciones imprevistas, que arrojan viva luz, sobre las causas oscuras; pero no se declaró nada notable.

Cuando el duque de Parisis, citado por la acusacion como testigo de cargo, se presentó á declarar, la curiosidad fué grandísima; pero todo el mundo sabia que se presentaria como testigo de descargo. Contó sencillamente lo que habia visto, declarando por su

alma y su conciencia, que la acusada no era culpable. No negó que el ramillete fuese envenenado; pero, en su concepto, la mano de Violeta no habia vertido aquel tósigo.

Como se le tenia por muy inteligente en todo, el abogado de la acusada le rogó que diera algunas esplicaciones sobre aquel abominable envenenamiento que asfixiaba instantáneamente. No se hizo de rogar mucho. Dijo que si desde el siglo diez y seis se ignoraba la composicion del veneno de los Médicis, cualquier químico podia haberla encontrado, mezclando la nuez vómica, la cicuta, y el ácido prúsico. Contó que se habian verificado muchos experimentos, por Magendie y Cabarrus, sobre perros que ni siquiera habian tenido tiempo de respirar; tan rápida era la muerte. Para el señor de Parisis el ramillete distaba mucho de ser un prodigio: ya que habia sido cogido en Tonnerre hácia la tarde del sábado, y se sabia en que jardin, indudablemente no habia podido cruzar el laboratorio de un químico. Esto no obstante daba la muerte á Rosa Dumont que lo habia respirado despues de la señorita de la Chastaigneraye.

—Tambien, añadió el señor de Parisis, hallo extraño que este proceso se siga en ausencia del único testigo que podria declarar la verdad: el niño que tocaba el violin.

—Creeis, dijo el presidente con acento burlon, que ese niño es el culpable?

—Nó; mas creo que puesto que no llegó á Cham-

pauvert hasta el siguiente día, á la hora de misa, creo que fué detenido en el camino.

—Y bien: creo que no habrá químicos ni en Tonnerre ni en Champauvert.

—Quien sabe?

—Yo lo sé perfectamente, dijo el abogado. El niño se crió en la vagancia, y yo no debo acusar á nadie para establecer la defensa.

El primer testigo de descargo que se presentó, fué la señora Portien.

Cuando apareció, se observó por vez primera que aunque Violeta era hermosa y ella fea, habia entre ellas alguna semejanza, y hasta cierto aire de familia.

—Observad, dijo á su vecina una curiosa que habia llegado de Paris; observad este pequeño signo de belleza, que las dos tienen en los labios.

Una vaga idea acerca la vida que la señora Portien habia llevado, corria en el auditorio. Se habia despertado un eco muerto desde hacia veinte años. Cuando la madre de Violeta marchó de Paris, marchó con la señora Portien, acusada de haber querido ocultar una falta cometida antes de su matrimonio. Nadie se atrevia á decir esto, en voz alta; pero muchos lo habian pensado; y como esta idea habia vuelto á la superficie, no parecia imposible que la acusada fuese la hija de la señora Portien, uno de esos hijos perdidos que se arrojan tras sí, y hácia los cuales no se vuelve nunca.

Así es, que cuando apareció la señora Portien, se observó gran curiosidad en los circunstantes.

El presidente la saludó imperceptiblemente y preguntó por su nombre y apellido.

Respondió que se llamaba Angela Virginia de Pernand, nieta del duque de Parisis, y casada con Teodoro Portien, del cual estaba separada desde hacia tiempo.

—Decid cuanto sepais.

—Pronto será dicho. Me encontraba en el *Leon de oro* en Tonnerre; esta señora se sentó á mi mesa y me preguntó si Parisis se hallaba muy lejos. Hablamos algunos minutos. Una de las criadas me ofreció un ramillete que yo no acepté. Esta señora lo cogió y lo envió al señor de Parisis, que estaba en el castillo de Champauvert. He aquí lo que yo sé. Yo habia declarado ya todo esto, en el proceso, y esperaba que no se me haria comparecer ante el jurado.

—Vos estábais allí cuando la acusada empaquetó el ramillete: no visteis nada que pudiese despertar vuestras sospechas?

—Nó, á lo menos no lo recuerdo.

—Que concepto formasteis de la acusada?

—Me pareció una mujer enamorada, que no sabe muy bien lo que se dice. Esto me divirtió algo, porque pensé en mi primo el señor duque de Parisis; mas cinco minutos despues, yo me hallaba sobre el camino de Pernand, y ya no pensaba en esto.

La señora Portien queria retirarse; mas el presi-

dente la rogó que ocupase el banco de los testigos: Octavio que habia permanecido en el banco de Mr. La-chaud, fué á sentarse al lado de su prima. La señora Portien le manifestó cuanto sentia la desgracia de Violeta; encontraba á ésta muy hermosa, y estuvo muy lejos de acriminar á Parisis por sus relaciones con ella.

—Teneis razon, dijo Parisis con desenvoltura, al encontrar á Violeta hermosa, pues oigo en torno mio asegurar que se os parece mucho.

—Cómo! yo me parezco á esa jóven!

—Prima, no sé que hallais de particular en esto.

—No os comprendo.

—Violeta es de nuestro país.

—Direis tambien que pertenece á nuestra familia?

—He sabido unicamente ahora, que su madre, So-fía Marty era vuestra doncella, hace veinte años.

—Y bien?

—Ignorais que Violeta es la hija de Sofía Marty?

—No lo sabia.

La señora Portien no podia ocultar su emocion.

—Y bien, dijo, fingiendo la mayor indiferencia, que importa esto?

—Esto quiere decir, mi querida prima, que sin duda aquella mujer era hermosa, y que vuestro es-
poso....

—Yo no estaba entónces casada, dijo la señora Portien.

Estas frases las pronunció á pesar suyo.

El tribunal seguia escuchando los testigos de des-cargo. Violeta habia solicitado el testimonio de la propietaria de la casa que ella habitaba en la calle de San Jacinto. Esta mujer pintó la acusada con los co-
lores mas simpáticos; siempre la habia conocida hon-
rada, laboriosa, amante de su madre, y no saliendo
mas que el domingo para ir á misa. Cierto dia la sor-
prendió comprando cerezas para almorzar; se le acer-
có una mendiga, y dejó las cerezas para entregar los
cuartos á la muger que le pedia limosna. Esto de al-
morzar dando una limosna, daba una idea de su buen
corazon, y era lo bastante para que le trajese la di-
cha; pero Dios pone á prueba las almas mas puras y
valientes.

El presidente preguntó á la testiga, si alguna vez habia oido hablar del padre de la acusada.

—Habria mucho que decir sobre esto, señor pre-
sidente; la señora Marty no me ha hecho sobre este
particular, sino algunas confidencias á medias. Si
quereis saber mi opinion, aunque bien puedo enga-
ñarme, os diré que la señorita Violeta, ya que hoy
dia este es su nombre, no es hija de la señora Luisa
Marty.

—Ah! señora! exclamó Violeta: dejadme á lo me-
nos mi madre.